

# PREMIOS INTERNACIONALES AL TEATRO CHILENO

Dos premios de importancia recibió el teatro chileno en el marco de los festivales de abril de este año en Bogotá y Caracas. En la capital colombiana, la Directora del Departamento de Investigación y Experimentación Teatral de la Escuela de Teatro de la Universidad Católica de Chile, María de la Luz Hurtado, recibió el "Premio Ollantay mención Investigación Teatral, 1991", concedido a dicho Departamento por su permanente labor de estudio y promoción del teatro chileno y latinoamericano, con resultados de la más alta calidad expresados en sus numerosas publicaciones, que aportan a la comprensión y valorización del teatro.

En Venezuela, por su parte, la actriz del "Teatro Ictus" Delfina Guzmán recibió, en ceremonia presidida por el Ministro de Cultura, Dr. José Antonio Abreu, en la Casa del Artista, uno de los más altos galardones que concede este Estado, la condecoración "Orden Andrés Bello", en reconocimiento de su valiosa labor artística y cultural. También se rindió un homenaje a la actriz chilena María Maluenda.

A continuación reproducimos el discurso de Delfina Guzmán en agradecimiento a dicho premio.



Delfina Guzmán en "Neruda viene volando",  
"Teatro Ictus", 1992.

Quiero leerles algo que escribí con el corazón y mucha modestia:

Encontrarse aquí, junto a todos ustedes, es para una actriz un hecho pleno de regocijo y de intimidad, aunque seamos tantos y cada uno tan diferente. Siento que tal intimidad se produce porque es nuestro espacio natural como mujeres, donde nos movemos mejor y desde el cual ha nacido lo propiamente humano: **nuestro lenguaje.**

No puedo dejar de mencionar a un médico-biólogo y filósofo chileno, Humberto Maturana, quien afirma en una hermosa teoría que es el lenguaje el que desarrolla a nuestro linaje como tal desde hace por lo menos tres millones de años...

Aparece este lenguaje en una forma de vida en la que se comparten los alimentos pasándolos de unos a otros. Donde la sensualidad, el encuentro frontal de los machos y las hembras, trae consigo el acto sexual. Donde está presente el placer de la convivencia en torno a la crianza de los hijos.

Hago mío este planteamiento porque el espacio de la intimidad, que nos es tan afín a todas las

mujeres, es aquél donde florece el aspecto fundamental de lo humano, el lenguaje con que nos comunicamos.

Y sentimos la necesidad de comunicarnos cuando aceptamos al otro como un legítimo otro en la convivencia. Y hacemos una invitación creativa para construir una sociedad democrática, es decir, basada en el amor.

Esta palabra me estremece y la pronuncio aquí porque me parece que es el tema que debe estar en la boca y en las entrañas de todas y cada una de las mujeres del planeta.

Y, por supuesto, el tema que me trae aquí a Caracas en este 8 de abril. El amor.

Amo a esta ciudad, porque ha sido generosa con mis compatriotas. Les regaló su asilo, su clima, su alegría de vivir, su calidez caribeña.

Amo a este país donde 80.000 compatriotas perseguidos encontraron refugio, brazos abiertos.

Amo la cultura de esta Venezuela que nos prestó a Andrés Bello en el pasado y que en el presente nos invita a participar en estos festivales de teatro, brillantes, multinacionales, enriquecedores.

Amo también este país porque dignificó mi profesión dándome, como mujer chilena, como artista, como latinoamericana, la condecoración Orden Andrés Bello, en primera clase, que es un honor en un continente donde estos galardones han sido mayoritariamente para los militares.

Amo a mi país porque tiene cordilleras infinitas, mares azules, bosques vírgenes, poetas y el buen vino.

Amo a mis compatriotas, con un poco de dificultad, debo reconocerlo. El perdón hacia los que me hirieron a mí lo doy, sí, eso puedo darlo. ¿Pero cómo me hago cargo del perdón hacia los que hicieron tanto daño a otros? Amor por mis compatriotas, víctimas inocentes, mucho amor.

Y aquí, en privado, quiero contarles de otros amores. De mis hijos, por ejemplo, que son cuatro, varones todos. La niña no llegó y no me atreví a seguir buscándola...

De mi teatro —el “Ictus”— que me ha exigido como el tirano que es, pero que también ha sido mi padre, mi hermano, mi amigo y por supuesto mi amante.

Amo el siglo XX que se va. Fue mi casa y la tuve que estar refaccionando a cada rato. Se cayó una pared con la Guerra Civil Española en el 36. Tembló y se resquebrajó entera con la Segunda Guerra Mundial. No sé si volvió a quedar firme. El bello descubrimiento de la desintegración del átomo se utilizó para la bomba de Hiroshima. Horrible cosa. Pero las ventanas se abrieron de par en par con la mirada de Yuri Gagarin, “La tierra es azul”. Vietnam amenazó como un apocalipsis mientras los *flower children* pidieron hacer el amor y no la guerra. Silencio aparente sobrevino con la guerra fría y la demencial carrera armamentista. Los setenta traen luto a latinoamérica y los dictadores rinden su negro homenaje a Hitler. Los hombres vuelan hacia otros planetas e instalan estaciones espaciales. Mis nietos miran la guerra del Golfo Pérsico como quien ve una película de vaqueros. Cae el muro de Berlín y las familias alemanas se abrazan después de muchos años. Al borde del fin de siglo nos tomamos la cabeza a dos manos mientras manipulamos la computadora.

¡Tres millones de años nos demoramos en crecer!

Amo lo que fuimos y seguiremos siendo, hombres y mujeres que debemos comer pasándonos el alimento unos a otros, repitiendo hasta el infinito los gestos de amor entre hembras y machos, sintiendo el placer de la convivencia en la crianza de esos niños que serán los dueños del siglo XXI.

Muchas gracias.